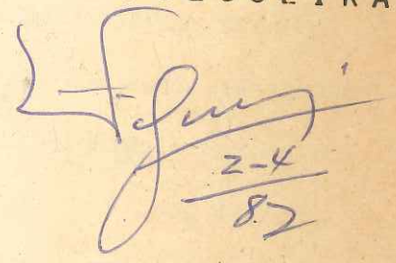
LOS BATRACIOS DE FUEGO

Raúl Filgueira

1532

RAUL FILGUEIRA



LOS BATRACIOS DE FUEGO

Ediciones El cascarón roto

En memoria de mi hermano Gerónimo

que se fué de petróleo

y de otros como él

Mi agradecimiento

al señor Vicente Antonio Rastelli

Subió al ómnibus en la esquina de 7 y 48 de La Plata.

-- ¿Que hacés a esta hora? -le preguntó Jorge que era quien manejaba el vehículo- ¿Conseguiste un programa?.

Y se largó a reir fuertemente. Algunos pasajeros sonrieron contagiados.

-- Dejate de embromar que no estoy para chistes.

-- Bueno viejo, está bien. ¿Que te pasa?.

-- Ando con dolor de barriga. Hace dos o tres dias que estoy así.

-- ¿Fuiste al doctor?.

-- No.

-- ¿Que esperás para ir?.

-- No se. Voy dejando. Ya se va a pasar.

-- Haceme caso, andá al doctor. A lo mejor es apendicitis.

Jorge se había puesto serio. Para peor se le cruzó imprevistamente un autito y tuvo que maniobrar bruscamente para no chocarlo.

--¡Ahí tenés! -gritó- Hay cada burro manejando en la calle que ni te lo quiero contar! Después dicen que los bestias somos nosotros. Yo quisiera verlos a ellos manejando un colectivo.

-- No te hagás mala sangre, algún dia se va a arreglar.

Lo dijo sin ánimo de nada. Tal vez por comentar. O para que Jorge no se sintiera solo en su bronca.

-- ¿Se va a arreglar? Que es lo que se va a arreglar?.-preguntó Jorge.

-- Y... que se yo... pero se va a arreglar.

-- No hablés pavadas.

-- Bueno. No te enojés.

-- Pero si no me enojo. A ver si te creés que me enojé de veras.

Volvió a reir.

Tomaron por la Avenida del Petroleo Argentino que lleva al centro de Berisso. Entonces al llegar a la

rotonda de la calle 128 sintió que los virulentos retortijones que lo tenían a mal traer, se hacían presentes de nuevo. Quiso aguantar hasta el primer refugio de Villa Nueva porque su casa quedaba cerca de allí. Fue imposible. Al llegar a los primeros tanques de YPF le dijo a Jorge que detuviera la marcha y este lo hizo.

-- ¿Querés que te espere? -le preguntó irónicamente cuando lo vio abajo.

-- ¡Andate a..!

El ruido del colectivo al reinicar la marcha no dejó escuchar el resto del destino.

Con urgencia se metió entre la maleza de la orilla del canal donde se arrojaban los residuos de petroleo. Mientras estaba agachado escuchaba un gorgoteo proveniente de los residuos semi líquidos. Y una especie de croar de tono agudo y cierta musicalidad que se interrumpía en períodos irregulares. Al levantarse para acomodar sus ropas asomó la cabeza por sobre los yuyos y distinguió en la superficie unas cosas brillantes que se movían. Otras iban emergiendo. Parecían tener luz propia. Pero esa luz no era superficial sino que se notaba que venía del interior de esas... ranas... o sapos. Porque no cabían

dudas. Eran ranas o sapos brillantes.

Dominado por el asombro quedó en su sitio viendo como esos extraños seres formaban un círculo, mientras el raro sonido individual recorría la formación.

-- Están conversando- se le ocurrió pensar.

Enseguida desechó la idea ante el temor de haberse vuelto loco. Quiso huir pero sus piernas se lo impidieron.

Luego de instantes los extraños seres callaron y por una ignorada disposición se pusieron en marcha en dos filas iguales. Eran como un centenar. Aproximadamente porque la verdad era que el susto le había quitado discernimiento. Los vio subir por la orilla del antiguo río, pasar a través del alambrado que circunda la destilería de YPF y dirigirse hacia uno de los tanques llenos de combustible. Un débil resplandor que latía y se levantaba escasamente del suelo los acompañaba.

Cuando llegaron al tanque lo rodearon. Subieron hasta la mitad y allí quedaron apretados al tanque formándole una especie de cinturón ceñido. El latido de su luz se hizo más nítido. De improviso una tremenda explosión lo tiró al suelo y el tanque se incendió. Casi de inmediato sonó el

codificado silbato de la sirena de alarma. Juan reaccionó como pudo y cruzando la Avenida se encontró corriendo por el campo en dirección a la calle 66.

En el cuartel de bomberos de la Destilería todo era febril actividad. Apenas escuchada la explosión se entró a cumplimentar el Rol de Incendio. Se movilizó la Brigada del establecimiento, se aprontaron las bombas, servicio médico, transporte interno y demás. Comenzaron a funcionar las toberas automáticas de espuma. Finalmente el fuego se apagó.

A pesar de que las tapas de los tanques están sujetas más débilmente para que vuelen antes que la explosión destruya las envolventes del tanque, al hacerse la inspección se encontró que no había petroleo.

-- ¡Increible! -comentó el Jefe a su ayudante- Mañana haremos una nueva inspección para constatar adonde fué a parar el combustible que debió quedar sin quemarse.

Cuando Juan llegó a su casa el vecindario era un avispero. La gente estaba afuera mirando el incendio y algunos corrían para ir a verlo de cerca. Por lo tanto resolvió entrar por

los fondos de su casa ya que sintió verguenza por sus ropas embarradas en el cruce del campo. Su hermano no estaba. Seguramente ya se encontraba cerca del incendio. Tal vez ayudando. Y eso que no tenía nada que ver por cuanto trabajaba en el Frigorífico Swift. Lo hacía porque sí. Cuando el incendio de algún barco petrolero también lo hizo, como tantos otros, tironeando desde tierra para alejar a otros llenos de combustible que estaban cerca del incendiado.

Aprovechó, pués, se cambió las ropas y dejó las sucias en el suelo, al lado de la pileta de lavar. Luego se tiró en la cama. Hasta sus oidos llegaba nítidamente, a pesar de la distancia, el crepitar del fuego y los comentarios de los vecinos. Alguien tenía una radio en marcha con bastante volumen.

-- H a estallado un gran incendio en la Destilería de petroleo del Puerto La Plata. Un tanque se incendió a poco de haberse escuchado una poderosa explosión. De acuerdo a nuestras informaciones existe confianza por parte de las autoridades del establecimiento en el sentido que el fuego quedará limitado al tanque en cuestión. Hasta el momento se ignora el origen del siniestro.

-- ¡Ignoran el origen!- masculló Juan- Yo no lo ignoro. Pero ¿quién en mi lugar se atrevería a decir lo que he visto? Me encerrarían por loco.

Como a las cuatro de la mañana su hermano regresó y lo encontró aun despierto y con luz.

-- ¡ Pero che! -le recriminó a Juan- ¡En YPF hubo un incendio bárbaro y vos durmiendo lo más tranquilo!.

-- No duermo ni estoy tranquilo. ¿Que querés que haga? Ir como ustedes a estorbar a los bomberos?.

-- ¡Cómo a estorbar! A lo mejor nos precisaban. Parece que se quemaron algunos bomberos. Pero... ¿Sabés que estás quisquilloso?.

-- ¡Ma si, dejame de embromar!.

-- Bueno. No te enojés. ¿Que te pasa?.

-- Nada.

Juan suavizó la voz. Es que su hermano se lo quedó mirando medio asombrado. Lo vió callarse y sintió no sé que. Es que con su hermano eran realmente ésto. No se exageraba al afirmar que hasta se adivinaban los pensamientos. Y lo compartían todo. Incluyendo en algunas oportunidades, que más valía no recordar, la única ropa de fiesta

que poseían y de esa manera podían ir al baile un sábado cada uno.

-- ¿No vas a trabajar?.

-- Hoy no.

-- ¿Estás enfermo? ¿Porqué no vas al doctor?.

-- Estoy bien. Tengo fiaca.

-- ¿Te traigo un poco de café?.

-- Después me lo hago yo.

Antonio se encogió de hombros. Luego de poner el agua a calentar fué al baño. En la pileta del patio vió las ropas y los zapatos de Juan embarrados.

-- ¿Qué le habrá pasado? -se preguntó- ¿Algún lío de mujeres?.

Pero lo desechó enseguida. Juan no era de los que andaban en eso.

Tomó el desayuno y se fué no sin antes recomendar a Juan que durmiera. Cuando llegó al lugar de trabajo el tema de las conversaciones era el incendio. Antonio no habló salvo el clásico saludo de las mañanas.

-- ¡Che! ¿Qué te pasa? ¡Tenés una cara..! -le dijo su compañera de la envasadora de carne mientras reía.

Hacía bastante tiempo que trabajaban juntos. A veces tuvo ganas de invitarla a cenar por ahí pero su timidez se lo impidió. Inés era natural. Como esa fruta que acostumbramos a comer sin darle importancia pero el dia que falta de nuestra mesa la echamos de menos hondamente.

-- Ando mal. Creo que el incendio me impresionó demasiado.

-- Dejate de embromar. No es la primera vez que hay un incendio en la Destilería.

Dicho esto le palmeó el brazo de una manera que a él lo hizo sentir mejor.

Pero en toda la jornada no dejó de preocuparle lo de su hermano. Cuando finalizadas las tareas volvió a casa lo encontró en la misma posición, aun despierto. Preparó el mate y le llevó uno. Juan se puso de costado y apoyándose en el codo empezó a sorberlo lentamente.

-- ¿No te levantaste?.

-- No.

-- Te preparo un sandwich.

-- Como quieras.

-- Podrías decirme qué te pasa.

Juan casi se lo dice. Finalmente no quiso hacerlo porque seguramente no le creería. Es que no solo Antonio dudaría. Si hasta él mismo ponía en tela de juicio si lo sucedido había sido real o simplemente una pesadilla. Guardó silencio. Antonio preparó el sandwich y se lo trajo.

-- ¿Hasta cuando no vas a trabajar?.

-- Mañana voy.

-- Menos mal -pensó Antonio- porque cuando entra en racha es capaz de faltar veinte dias.

Y el hecho de no trabajar sumía a Juan en estados depresivos peores que el que podía haber motivado su ausencia del trabajo.

A eso de las cinco de la tarde pasó el canillita y compró un diario. En primera página, con grandes titulares y fotografías apareció la noticia: "Pavoroso incendio en la Destilería local de YPF". A continuación describía el espectáculo y recordaba catástrofes similares que enlutaron hogares de familias trabajadoras. A un costado, en recuadro y letras más pequeñas, otra noticia que hizo latir el corazón de Antonio: "El fuego pudo ser producido por un incendiario. Un automovilista asegura que a la luz del incendio vió cuando

un individuo cruzó corriendo la Avenida del Petroleo Argentino y se internó en el campo en dirección a la calle 66".

-- ¡Este pibe! -pensó enseguida- ¡Quien sabe en que lío se metió!.

Eso de pibe no era para tanto. Pero él, con sus cuarentipico lo veía como cuando chico. Fué para adentro dispuesto a sacarle la verdad.

-- ¡Mirá esto! -le gritó mostrando el diario.

Juan lo miró con indiferencia.

-- Ya se. Escuché gritar al canilla.

-- ¿Y?.

-- ¡ Y qué! Si no averiguan cómo se produjo el fuego se les va a quemar toda la petrolera.

-- ¡ Y lo decís así, lo más tranquilo! ¿Cómo te ensuciaste anoche la ropa?.

Se lo preguntó airado por ver que su hermano le daba poca importancia al incendio.

-- ¿Que querés que haga? ¿La ropa? El colectivo se descompuso y se me ocurrió cruzar el campo para ganar tiempo. Erré el camino.

Estuvo tentado de confiarle a Antonio lo de las ranas. En

última instancia se contuvo. Pudo haber sido fruto de su imaginación o bien la descompostura le había levantado fiebre haciéndolo desvariar. Quizá el incendio se produjo por otra causa.

-- ¡No me vas a engañar! ¡Decí la verdad!.

-- ¡Te digo que me dejés de embromar! No tengo porqué darte cuenta de mis cosas. No hice nada malo.

Vió que Juan se alteraba y optó por dejarlo tranquilo. Pero esa noche el que no pudo dormir fué él.

Al dia siguiente, en el trabajo, Juan estuvo pensando en el extraño suceso. A medida que pasaba el tiempo se le fué despertando la imperiosa necesidad de ir de nuevo al sitio. Y decidió hacerlo. Antonio, que lo vió cambiarse de ropas le preguntó si iba a salir.

-- Si. Voy a La Plata.

-- Está bien. Tené cuidado.

-- ¿Cuidado de qué?.

-- Qué se yo.

-- ¡Ah!.

Antonio sintió ganas de seguirlo pero le pareció desleal y se quedó.

Juan tomó el colectivo en Villa Nueva y bajó en la calle 128, para disimular. De allí volvió caminando hasta los residuos. Cuando vió que no venía ningún vehículo que pudiera iluminarlo se metió por la orilla del cauce y así llegó al sitio. Se puso a esperar. Hubo momentos que creyó haber dormido. Por fin, de nuevo, el gorgoteo y la afluencia paulatina de las ranas a la superficie. Otra vez el círculo, luego de lo cual se dirigieron, como la vez anterior, a otro tanque y formaron el cinturón a su alrededor.

Juan estaba seguro del final pero el miedo lo tenía inmovilizado. Boca y ojos desmesuradamente abiertos.

La explosión lo sacudió todo y sin pensar si lo veían cruzó la Avenida y se internó en el campo hasta llegar a su casa.

Entró por el fondo porque el vecindario ya estaba afuera. Llegó a la cocina y sirviéndose un vaso de ginebra lo vació de un golpe. Entonces se abrió la puerta con fuerza y entró Antonio cerrándola enseguida. Juan estaba apoyado en la mesa. Quedaron mirándose. Antonio sintió ganas de tomarlo del cuello por lo que había hecho. Porque ahora estaba convencido que él era el causante de los incendios.

Pero Juan tenía un aspecto tal de desamparo que le dió lástima ese hermano menor de quien cuidara cuando los viejos murieron.

-- Andá a cambiarte -le dijo.

--¡Para qué! Es lo mismo. A partir de ahora todo será lo mismo para mí.

-- Andá a cambiarte y después hablamos- insistió Antonio.

Lo empujó casi y Juan obedeció. Calentó agua y preparó el mate. Cuando Juan volvió cambiado le alcanzó uno.

-- ¡Estoy loco! -dijo Juan antes que le preguntara algo.

-- No estás loco. Yo se que no lo estás. ¿En qué andás? ¡Vamos, largalo de una vez! Te puedo ayudar.

-- Nadie me puede ayudar.

-- Entonces te llevo yo mismo a la policía.

Había una firme decisión en la voz de Antonio y un deseo de ayudar. Juan dudó un instante.

-- Está bien -dijo luego- te voy a contar y entonces vas a ver que estoy loco.

Pasó a referirle lo sucedido. Antonio pensaba.

-- No da sensación de anormalidad. Voy a esperar un día pero a Juan no lo dejo salir mañana a la noche aunque tenga que atarlo.

El nuevo incendio había sido sofocado y en el cuartel de bomberos del establecimiento su jefe convocó, para el dia siguiente, a los responsables de cada area.

-- Señores -empezó a decir- se produjeron dos incendios que nos costaron heridos, otros tantos tanques y el combustible que había en ellos. Cuando el primer tanque les advertí que debíamos extremar las precauciones. ¿Y? ¿ A ustedes les parece que un tanque es una simple latita que puede reponerse fácilmente? Esto cuesta mucho dinero. Respecto de las víctimas no quiero hablar porque se sobreentiende que son aun más importantes. Y nos pagan para que cosas como esta no sucedan. Así que agudicen la vigilancia tanto en lo que se refiere al peligro de una combustión espontánea cuanto en el supuesto que se trate de la obra de un maniático. Sobre todo en el sector donde se han producido los siniestros. ?Tienen algo que decir?.

Nadie contestó porque realmente todos estaban con el mismo ánimo de su Jefe. Así que se retiraron quedando solamente su ayudante.

-- ¿Preocupado Jefe?.

-- ¡Como para no estarlo!.

-- Yo también. Es raro. Dos incendios así. ¿Que piensa hacer?.

-- Ya lo oiste. Extremar la vigilancia y aguantar las impertinencias de los criticones. ¿Que otra cosa se puede hacer?.

-- Si, creo que es lo único.

-- De todas maneras andá a decirle a Emilio que quiero hablar con él.

Emilio se paseaba por entre los tanques. Era uno de los mejores bomberos de YPF. Consciente. Tal como debe serlo un hombre que está en permanente contacto con el peligro. Y su conciencia no alcanzaba únicamente al puro instinto de conservación personal, sino que se encauzaba a evitar los peligros de accidentes para sus compañeros y la pérdida de materiales de la empresa. Muchas cosas recordaba Emilio en su paseo de guardia. Las causas de esas recordaciones eran precisamente los incendios próducidos en los últimos días. Sabía, como

todo aquel que adquirió conocimientos para luchar contra ese antiguo aliado de la Humanidad cuando escapaba a su control, que el más simple descuido podía desatar una catástrofe en sitios donde se trabaja con materia prima altamente combustible.

Mientras un suave viento del Este le traía el frescor de los montes, recordó cuando Carlos y Pedro se fueron por una explosión. Estaban colgados de una torre. El pudo haber sido uno de ellos pero ese día le tocó estar abajo sirviéndoles de apoyo. De repente el resplandor que llegó junto con el estruendo. Enseguida los chorros de fuego saliendo como de un gigantesco soplete. Por esos chorros se marcharon Carlos y Pedro sin siquiera haber llegado al suelo. Y él se quedó mirando a pesar suyo hasta que se dió cuenta que habían desaparecido. Otros dos compañeros que fueron los primeros en acudir para ayudar, lo tomaron de los brazos y lo llevaron a la enfermería mientras gritaba cosas sin sentido. Estuvo un mes sin poder reaccionar.

Por eso, tal vez, se hizo a una absoluta intransigencia contra todo aquello que representara un peligro de incendio o accidente.

Cierta vez sus superiores lo mandaron a un barco petrolero para determinar los gases en una bodega que debía ser reparada. Tenía que hacerlo junto con el encargado de a bordo. Se colocó la careta e inició el descenso por la escalerilla. A cierta altura miró hacia arriba y se dió cuenta que el encargado lo seguía sin la careta de reglamento. Entonces lo esperó y le tocó una pierna. Cuando el otro lo miró extrañado le hizo señas de subir nuevamente. El encargado se enojó y resistió. Entonces él lo golpeó con un puño en las posaderas. Cuando estuvieron en cubierta la cara del encargado se había puesto roja de ira.

-- ¿Usted es loco?.-le gritó a Emilio.

-- Yo no. El loco es usted -le contestó tranquilo- ¿ No se da cuenta que si los gases lo atacan va a caer encima mío y que nuestra caida puede producir chispas?.

-- Si tiene miedo yo voy primero.

A Emilio se le subió la sangre a la cabeza.

-- ¡Mire señor, aquí el coraje sería un desperdicio! - le contestó gritando- Usted sin careta no entra a la bodega. Por cosas más pequeñas que esta han ocurrido accidentes que costaron lágrimas. No es el caso arriesgar la vida de los demás y los bienes de YPF para ver quien es más corajudo. Porque si algo le sucede a usted nosotros tendremos que ayudarlo e incluso puede volar el barco. Así que elija. Baja con la careta puesta o le aviso al capitán del barco.

-- Usted es un exagerado.

-- ¡No! Aquí una chispita puede producir un desastre.

-- ¿Y si yo le dijera que no hay acumulación de gases?.

-- Yo no vine para adivinar si hay o no gases. Me ordenaron constatarlo con certeza y la única manera de hacerlo es con este aparatito ¿entiende?.

Emilio le puso el aparatito casi en la nariz. Estaba dispuesto a todo. A regañadientes el encargado aceptó ponerse la careta.

Cuando llegaron abajo el aparato marcaba tal densidad de gases que un hombre sin careta no hubiera llegado a la mitad de la escalerilla sin caerse. Ya de vuelta en cubierta se las quitaron.

-- Y ¿Que tal? -preguntó Emilio burlonamente.

-- Tenía razón. A veces uno es cabeza dura. Gracias.

Se dieron la mano y ambos largaron la risa al recordar la discusión.

También tuvo cosas parecidas con algunos compañeros. Lo "cargaban" por eso que llamaban su manía. Otros hasta se habían enojado. Como Lulo, por ejemplo. Un día en presencia suya quiso encender un cigarrillo mientras estaba en la planta. No lo dejó. Lulo creyó que era un chiste. Pero cuando vió que Emilio se lo decía en serio, lo trató hasta de alcahuete.

-- Todo lo que vos quieras -le contestó- pero aquí no fumás porque te llevo a la guardia.

--¿Te animarías? -dijo Lulo retador.

-- ¡Hacé la prueba!.

-- ¡Está bien!.

Guardó el cigarrillo y dándole la espalda se dirigió al pie del trabajo.

-- Algo más te voy a decir -agregó antes que Lulo se alejara- guardás el cigarrillo porque yo estoy aquí o como lo harías si estuvieran tus superiores. Lo justo sería que no fumaras ni estando solo. Pero decime ¿Te vas a morir si no fumás un rato?.

A partir de ahí quedaron bastante distanciados. Sin embargo un día Emilio se enteró que en una reunión donde

alguien "le bajó la caña". Lulo salió a defenderlo.

-- Todos tendríamos que ser como él -reconoció- al fin y al cabo nos cuida también a nosotros.

Ahora, en la soledad de la noche, veía pasar los vehículos por la Avenida y recordaba esa y otras cosas. Y las críticas que, en broma, le hacían sus propios familiares. ¿Sería un fanático? Tal vez. Porque hasta en su casa, sin darse cuenta, se encontraba a veces haciendo ver los peligros de accidentes. Más aun ahora que había empezado a caminar su nieto, un individuo motorizado por incansables curiosidades y que estiraba la mano para agarrar desde un pedazo de tierra que luego comía, hasta líquidos calientes si dejaban los recipientes cerca.

-- Tengan cuidado con la cocina -advertía a su mujer e hija- no dejen que sobresalgan la sartén ni las ollas. El chico manotea todo y puede pasar cualquier cosa.

-- ¡Pero papá, ya sé! -contestaba su hija algo fastidiada.

-- Y bueno, soy cargoso ¿eh? pero si algo le pasara a este yo...

Su hija terminaba sonriéndole cariñosamente. El levan-

taba al chico y lo llevaba a la vereda para que fuera viendo ese mundo que estaba descubriendo a fuerza de chichones. Y dentro de poco podría ayudarlo más en ese objetivo, porque su jubilación estaba ahí nomás. Cerquita.

Ahora, allá a la distancia, alcanzaba a ver el farol de la esquina donde estaba su casa. ¿Qué harían ellos en ese momento?. Seguramente lo extrañarían porque nunca trabajaba hasta esa hora. Lo hizo porque su jefe se lo pidió especialmente.

-- Tengo una tarea para usted, Emilio -le dijo- ¿Podría hacer hoy una guardia extra?.

- Como no, Jefe. ¿A que hora?.

- De 18 a 24.

-- Está bien.

-- Se imagina que mi pedido es motivado...

-- Ya sé Jefe -lo interrumpió- hay algo raro en esto.

-- Por eso mismo, a pesar de haber personal de guardia me gustaría que estuviera por allí. Usted es observador. Fíjese bien. No creo que esto se repita pero si ocurre tome nota de donde se inicia y cualquier otro detalle que nos resulte de valor para esclarecerlo.

-- Entendido Jefe. Hasta mañana.

-- Hasta mañana.

Salía cuando el jefe lo llamó.

-- ¡Emilio!.

-- ¿Señor?.

-- Cuídese. Nada de riesgos innecesarios.

-- Está bien Jefe.

Le asignaron un area. Por instinto se ubicó en un lugar donde creyó que, de producirse algo, sería el afectado. Después de una de las recorridas se recostó al tanque más cercano al arroyo. Mientras fijaba nuevamente su vista en la calle, algo tenuemente brillante se interpuso en su visual. Nada preciso. Fué como a veces, que uno mira hacia adelante y ve a su costado a alguien con un cigarrillo encendido. No le iba a dar importancia pero al mirar el objeto comprobó que no era uno solo sino que había otros. Venían en fila hacia el tanque donde él estaba. Se adelantó unos pasos para ver mejor y al momento el primero de ellos pasó a su lado. Parecían ranas brillantes latiendo luz. Le tiró un puntapié con alma y vida pero sintió que a medida que el pié se aproximaba al objeto, su pierna perdía fuerza hasta llegar apenas a rozarlo.

Enseguida los vió subir al tanque, rodearlo como un cinturón pegado al mismo mientras las palpitaciones de luz se hicieron más notorias. Emilio pensó que había transcurrido un siglo pero apenas fueron segundos. Cuando reaccionó e iba a echar a correr para dar la alarma se produjo la explosión del tanque.

Mientras tanto la Jefatura de Policía resolvió intervenir por considerar que se estaba ante una serie de atentados de un loco que pretendía destruir lo que tanto esfuerzo había costado. Por su parte los periódicos ponían en tela de juicio la capacidad del personal de YPF para prevenir este tipo de hechos. Y hasta de las mismas autoridades policiales para descubrir el origen. Se resolvió convocar a una reunión urgente para las veinte horas. En la misma participarían los Jefes de bomberos de Berisso, La Plata y Ensenada, representantes de la Jefatura de Policía, Prefectura local y autoridades del establecimiento.

Mientras los que llegaron primeros aguardaban a los otros invitados, escuchaban una radio que, precisamente en ese momento, se refería a los hechos.

-- Estimados oyentes -decía el periodista- creemos que ha llegado el momento de que las autoridades tomen medidas con respecto a las explosiones producidas los últimos dias en la Destilería de petróleo. ¿Es que resulta tan difícil determinar cuales son las causas de ellas y evitarlas? ¿No convendría extremar las medidas de vigilancia?.

-- ¿Y qué creen que estamos haciendo? -dialogó alguien enojado con el de la radio.

-- El pueblo espera confiado porque es indudable que esto debe tener una explicación y...

-- ¡Ya te la vamos a dar! -dijo el que estaba más cerca de la radio apagándola fastidiado.

Cuando hubieron llegado todos abrió el acto el Jefe de Bomberos de la Destilería.

-- Señores, no vamos a repetir lo que todo el mundo sabe y motivara ésta reunión. Yendo directamente al tema voy a exponer mi punto de vista. Los siniestros ocurridos estos días carecen de explicación. El peligro de combustión espontánea es mínimo y perfectamente controlable en caso que se produzca. No hubo tormentas que justificaran la posible caida de rayos. Solamente quedaría una hipótesis: daño intencional

-- ¿Me permite Jefe -lo interrumpió alguien- creo que debiéramos desechar tal hipótesis. YPF es una empresa que se ha hecho carne no solo en sus trabajadores sino en todo el pueblo. Podríamos decir que YPF es el pueblo. Solamente un loco podría atentar contra sus intereses.

-- Justamente -prosiguió el Jefe- quizá debiéramos pensar que es la obra de un piromaniático. Pero hay un hecho que, por lo insólito, también nos lleva a desechar esa teoría. Una vez apagado el incendio nos encontramos con que los tanques estaban vacíos.

-- Con la explosión pudieron producirse fisuras en las bases y el petroleo escapó por allí -opinaron.

-- No. La explosión tiende siempre a salir por la parte más débil. Y es la tapa precisamente previendo casos así. Lo cierto es que en el lapso que va de la explosión a la extinción del fuego, los tanques quedaron sin gota de combustible. Esto contradice todas las leyes físicas en cuanto a la capacidad de consumición de combustible por parte del fuego.

Un murmullo siguió a éstas palabras. En ese momento sonó el timbre del teléfono.

-- El Comisario de Berisso desea hablar con el Jefe de

Policía -dijo el que atendió.

Se hizo silencio. Después siguió un diálogo entrecortado hasta que colgó el tubo.

-- Señores -informó el Jefe de Policía- creo que hemos descubierto al causante de esto. Lo traen para acá.

Nuevos murmullos que terminaron en abiertos diálogos mientras se esperaba. Por fin entraron Juan y Antonio acompañados por dos agentes y el Comisario.

-- Señor Jefe- dijo este último señalando a Juan- este hombre sostiene que conoce a los causantes de los incendios.

-- ¿Los causantes? ¿Es que son más de uno?.

-- Así dice él.

El Jefe se dirigió a Juan.

-- ¿Así que vió quienes eran?.

-- Si señor.

-- Entonces dígalo.

-- No puedo describirlos bien. Pero son ranas o sapos brillantes.

Comentarios de incredulidad poblaron la sala y no faltó quien opinara en voz alta.

-- ¡Está loco!.

--¡No está loco! -casi gritó Antonio ¿Porqué no lo escuchan?

-- Por favor -intervino el Jefe- este es un asunto de vital importancia y si queremos aclararlo hay que escuchar a todos. En primer término tenemos que establecer si el declarante está psíquicamente normal.

-- Si me permite Jefe -aclaró el Comisario- era tan increible lo que nos contó que me creí en la obligación de establecer eso. Los médicos dicen que está en perfectas condiciones psíquicas y totalmente conciente de sus actos.

--Muy bien. Entonces joven puede empezar.

Antonio palmeó el hombro de Juan animándolo y entonces repitió la historia. Su relato motivó comentarios de asombro e incredulidad. Expresiones de no puede ser y es imposible poblaron la sala.

-- Señores -dijo el Jefe de Policía- tenemos ahora que enfocar el problema desde el punto de vista de que este hombre está cuerdo y lo que vió existe. Bien. Dígame joven ¿los... bueno... los batracios esos de fuego, por llamarlos de alguna manera, estuvieron mucho tiempo adheridos a los tanques antes de producirse cada explosión?.

-- No recuerdo. Habrán sido minutos.

-- Luego de eso ¿Qué hicieron?.

-- Tampoco recuerdo. Estaba asustado.

-- Piense. ¿Volvieron al arroyo enseguida?.

-- Dieron la impresión de desprenderse del tanque y elevarse girando como un cinturón de fuego. Luego volvieron a caer y entonces escapé.

-- ¿Porqué volvió después de la primera vez?.

-- Quería convencerme.

-- A mi no me convence -comentó alguien- yo pienso que...

No pudo pensar más porque una terrible explosión sacudió la Destilería. Corrieron todos, incluidos Antonio y Juan. Luego la sirena, el ataque al fuego y al finalizar este, el tanque vacío. Algo más: Emilio dejó a su nieto huérfano de abuelo, sin haber concretado su jubilación. Un compañero que alcanzó a tenerlo en brazos dijo que antes de morir habló de unas ranas brillantes.

No quedaban dudas que se trataba de algo extraño. Sin explicación por el momento. Se resolvió crear un Comando General con asiento en la propia Destilería. Dada la índole del problema se puso al frente a un militar de alta graduación,

Destacado estudioso que en ocasiones anteriores había resuelto distintos y difíciles problemas similares.

A partir de allí se sucedieron los cambios de ideas. Alguien sugirió que a la noche siguiente se hiciera guardia armada. Se aprobó la propuesta estableciéndose un cordón a lo largo de YPF. Si existía algo de cierto en los batracios seguramente esta vez no podrían pasar por allí.

A la hora acostumbrada comenzaron a salir lenta pero implacablemente dirigiéndose a los tanques. El encargado de la fuerza hizo preparar las armas.

-- ¡No dejarlos pasar! -ordenó- ¡ Si es necesario hagan fuego!.

Fué necesario. Solo que, con cada disparo a boca de jarro, el batracio impactado cobraba brevemente una mayor brillantez en sus latidos. Pero seguía adelante.

Se perdió otro tanque y resultaron tres hombres heridos por el nuevo siniestro.

Al día siguiente se inició la tarea de rastrillar el arroyo con una pala mecánica. Pero los batracios atrapados por la pala pasaban a través del metal como pasa el agua por un colador y volvían a sumergirse.

A la tercera noche se utilizaron lanzallamas pero, como en los casos anteriores, solo se consiguió que aumentara brevemente la brillantez de los batracios. Se perdió otro tanque.

Se dormía de a ratos. La impotencia quitaba sueño y daba lugar a pensar cosas extrañas. Hasta en armas secretas enemigas.

¡Si pudiéramos atrapar a uno para estudiarlo -comentó alguien.

-- Imposible. Pasan a través de los metales ¿Cómo lo podríamos atrapar?.

Realmente pareció disparatado y se descartó.

Fito cumplía su guardia cerca de los tanques.

¡Linda noche para cazar ranas! -pensó- Lástima que estoy de guardia. Hoy podría llenar una bolsa.

Había caido un chubasco de Verano y a la luz de los faroles se veían saltar los batracios movidos por causas ancestrales.

Fito era conocido en la barra de amigos como El Ranero. En este oficio no había quien lo superara. En Primavera iba a las lagunas. Allí donde veía la espuma característica en la superficie del agua, metía las manos y sacaba ranas. No faltaron ocasiones que junto con ellas sacó una culebra, su enemigo natural. Pero

esos eran gajes del oficio y, después de todo, las culebras no son venenosas. Cuando en Verano llovía de noche no necesitaba ir muy lejos. Encendía un farol y salía a caminar las calles. Al rato volvía con un montón.

Fito miraba el arroyo cuando vió el débil resplandor que avanzaba hacia él. Eran ranas brillantes que se acercaban en fila. Se sorprendió. Pero cuando pasaban por su lado recordó lo conversado en la reunión en la cual alguien habló de la posibilidad de atrapar uno de esos batracios como manera de encontrarle solución al problema. Pensó que era posible que las ranas quemaran pero su instinto de cazador pudo más.

-- Si llega a quemar la suelto -dijo hablando solo.

Roto el asombro se decidió. Eligió la más grande. Su hábil mano la tomó con innata habilidad. No quemaba ni producía efecto irritante. El batracio quedó tranquilo y Fito se dió el lujo de soltarlo en la palma de su mano. Los otros siguieron su marcha hacia los tanques. Se escuchó la explosión. Fito vió el movimiento de los bomberos pero él ya iba en dirección a la comandancia con el batracio en su mano.

-- ¡Cacé uno! -dijo contento cuando llegó- Creo que se dejó cazar.

¡Por fin lo tenemos! casi gritó el Comandante contento por esta primera satisfacción después de tantas desgracias- ¿Quema?.

-- Por lo que siento, no señor. Tal vez después... no sé... en fin...

Lo pusieron sobre una mesa y enseguida se formó un círculo a su alrededor. La conversación no se interrumpía y los cambios de ideas volaban por la habitación. El batracio, con su vista fija hacia adelante y sus tenues y sincronizados latidos de luz, parecía la imagen de la indiferencia y mansedumbre.

El Comandante analizó todo. Cada pequeño detalle de lo sucedido hasta ahora pasaba por su cerebro. Si tal como lo sostenía el Jefe de Bomberos de YPF, el combustible desaparecido de los tanques incendiados no guardaba relación con las leyes físicas del consumo ¿porqué no requerir la colaboración de los físicos de la Facultad de La Plata para encontrar respuesta al enigma?. Incluso para analizar la composición del extraño ser que ahora estaba allí, al alcance de la mano, pero no lo descifraba.

Se comunicó con las autoridades de la casa de estudio y de común acuerdo resolvieron llevarlo al laboratorio de Física.

Nuevamente quedó el pequeño ser, como centro esta vez, de la curiosidad y comentarios de los físicos e incluso de los estudiantes que también estaban presentes, quienes lo observaban tratando de adivinar, siquiera, su procedencia y sus motivaciones. Coincidieron en una sola cosa: su composición era desconocida en la tierra. No se paraba de hablar y emitir opiniones. A cierta hora de la noche se retiraron todos a dormir un rato, mientras del lado de YPF una nueva explosión se dejaba escuchar.

El doctor Robert caminaba hacia su casa pensativo. También él había coincidido en que era un ser desconocido para la tierra. Pero ¿ porqué ese aumento momentáneo de brillantez cuando se le disparaba un arma o se le arrojaban chorros de fuego? Su afán de investigador le iba frenando los pasos. Además ¿porqué no decirlo? su amor propio tenía bastante que ver. El batracio era un reto a la inteligencia del Hombre. Finalmente se detuvo y resolvió volver al laboratorio al llegar a la conclusión de que el extraño animalito estaba constituido o construido de energía. El batracio seguía inmovil sobre la mesa recortándose nítidamente en la obscuridad.

Encendió las luces, puso en funcionamiento el emisor de microondas y lo apuntó hacia él. Los latidos de luz se iban haciendo tan fuertes que molestaban la vista.

-- ¡No hay nada que hacer! -dijo rotundamente para sí mientras apagaba el emisor- el batracio se alimenta de energía.

Se sentó enfrente y sin poderlo evitar lo acarició. Después quedaron ambos mirándose fijamente. El silencio se hizo concreto como una cosa sólida. Y de improviso el doctor Robert se dió cuenta que el batracio le estaba hablando.

-- ¿Quien eres? -le preguntó.

-- El doctor Robert.

-- ¿ Y los que se fueron?.

-- Colegas.

El doctor se sintió casi agredido por el interrogatorio y resolvió también preguntar.

-- ¿Y ustedes quienes son?.

-- Seres de energía.

-- ¿De donde vienen?.

-- De un Quasar.

-- ¿ De un Quasar? -casi gritó por el asombro- Pero enton-

ces ¿ a que velocidad viajan?.

-- Nuestra velocidad es la energía.

Al doctor Robert se le escapó un silbido.

--¿Cómo están constituidos y qué hacen en la tierra?.

-- Nuestro cuerpo está constituido por moléculas de energía. Tenemos vida propia y racional. Es precisamente por estas virtudes, que las distintas razas de nuestro Mundo nos delegaron la función de verificar si se producen mutaciones en los Mundos del Universo. Es decir que somos los encargados de actualizar permanentemente la Cartografía Universal. Así es que no teníamos necesidad de pisar la tierra. Al acercarnos algo sucedió que nos dejó apenas con la energía para llegar hasta aquí.

-- Seguramente pasaron por el Cinturón de Van Allen y sus radiaciones los afectó.

-- No sabíamos de la existencia del Cinturón. Cuando volvamos lo registraremos en las cartas para evitar accidentes iguales.

-- ¿Porqué destruyen los tanques de combustible?.

-- No queremos destruir. Buscamos reponer energía para irnos.

-- ¿Porqué no dijo nada en las reuniones?.

-- Necesitamos silencio para pensar y manifestarnos. La continua conversación de ustedes no me dejó.

-- ¿Hablaría con todos los míos sobre esto?.

-- Ningun inconveniente. Al contrario, es vital para que podamos abandonar la tierra y proseguir nuestra labor. Quizá puedan ayudarnos.

El doctor Robert impuso de inmediato a las autoridades sobre lo conversado con el batracio. El Comandante llamó enseguida a reunión.

-- ¿Cómo fué que pudieron comunicarse?.

-- Guardando silencio -contestó el doctor Robert- yo lo hice estando a solas con él y de improviso sentí que me hablaba. Así entablamos diálogo y contestó todas mis preguntas.

-- Señores -invitó el Comandante- les ruego tomen asiento y guarden silencio.

Esa madrugada muchos ojos se clavaron en el principal personaje de la reunión. Luego de unos minutos, sin que pudiera precisarse el momento, los presentes sintieron que el batracio hablaba.

-- ¿Quien es el Jefe? -preguntó.

-- Yo fuí designado por nuestro gobierno para cubrir el area del siniestro -aclaró el Comandante.

-- También yo soy el Jefe de la patrulla de nuestro sistema.

El Comandante fué directamente a la cuestión.

-- ¿Porqué hacen eso con nuestros tanques?.

-- Ya se lo dije al doctor. Necesitamos cargar energía para salir de aquí.

-- ¿Porqué no se van una vez que cargaron?.

-- La energía que podemos extraer del combustible de los tanques es muy pequeña para nuestras necesidades. La energía de ustedes es muy pobre.

-- ¿Pueden transformar directamente el combustible en energía?.

-- Para nosotros es un mecanismo natural.

Hubo un momento de titubeos.

-- ¿ Y si le diéramos a probar uranio? -sugirió el doctor Robert- Quizá tenga la potencia energética que los batracios necesitan.

-- Bien -aprobó el Comandante- estamos de acuerdo en facilitarles, a la brevedad posible, el material del cual

podrán extraer, tal vez, la energía suficiente para que puedan irse. En cambio nos prometerán que, mientras tanto, no atacarán los tanques.

-- No somos atacantes -aclaró el batracio- pero no podemos dejar de hacerlo. Se juega nuestra propia existencia y con ella el éxito de la misión. Necesitamos siquiera esa poca energía para mantenernos vivos.

-- Podríamos suministrarles este combustible en el lugar donde ustedes están ahora. Es decir que lo bombearíamos al arroyo.

-- Es una lástima -comentó alguien- tanto combustible desperdiciado.

-- Peor sería que antes de traerles el uranio nos destruyeran más tanques.

Al hacerse de nuevo el silencio el batracio dió su respuesta.

-- Estamos de acuerdo. Lamentamos mucho las pérdidas ocasionadas pero tómenlo como una necesidad Universal. Si podemos salir, vuestro gesto será señalado en nuestro Mundo como un mensaje fraterno del Sistema Solar. Si esto se concreta manténganse alejados del sitio donde estamos. Desarrollamos mucha

energía y eso puede dañarlos si están cerca. Tendrán la certeza de nuestra partida cuando comiencen a notar que el líquido del arroyo entra en ebullición. A partir de allí tendrán que alejarse.

Dicho esto el batracio se dejó caer al piso a través de la mesa y pasando luego por las paredes desapareció.

La primera medida del Comandante fué hacer que se conectaran de inmediato las cañerías necesarias para mantener el arroyo abastecido de petroleo. La otra comunicarse con la Presidencia de la Nación y solicitar que los más rápidos transportes se pusieran al servicio de la misión Batracios-Uranio. Se decidió traerlo por avión a cuyo fin se utilizaría el aeropuerto de La Plata. De allí se utilizarían camiones.

Tres días con sus noches se venía trabajando en eso. Al tercero estaba anocheciendo y el pesimismo empezó a cundir entre los presentes.

-- ¿Será posible que tanto esfuerzo resulte inútil? -se preguntó amargamente el Comandante mientras los camiones seguían descargando toneladas de mineral en el arroyo.

De improviso alguien gritó y a la luz de los reflectores que se habían colocado, pudo verse que el líquido comenzaba a bullir. Todos se alejaron.

Después surgió un anillo tan brillante que dañaba los ojos. Al principio giró lentamente, pero a medida que se levantaba del suelo aumentaba sus revoluciones hasta confundirse con un gran aro de fuego alejándose velozmente hacia el cielo. Finalmente se incorporó al firmamento como una estrella más.

El Comandante dispuso la dispersión de los participantes.

Mientras iban buscando el portón de salida de la Destilería se escuchó una voz.

-- ¡Por fin podremos dormir! -dijo.

El Comandante iba detrás con el Jefe de Bomberos y el doctor Robert.

-- No creo que sea tan simple eso de dormir después de ésta aventura -dijo el Comandante- recién ahora empezaremos a hacernos preguntas. Creimos ser los únicos racionales del Universo.

-- Yo agregaría algo -intervino el Jefe- quizá llegó el momento de considerar que no todo lo desconocido debe ser

forzosamente agresivo.

Siguieron caminando. Cada uno de ellos dialogando con su pensamiento.

-- De todas maneras -opinó el doctor Robert- hubo un hecho que nos lleva a una conclusión: si seres de distintos mundos y distintas conformaciones moleculares pudieron resolver, como en nuestro caso, un problema común, debemos ser optimistas y pensar que también la Humanidad llegará a entenderse.

Fito El Ranero los seguía. Alcanzó a escuchar lo que hablaban pero el fondo filosófico de la cuestión era demasiado para él. Además estaba preocupado puesto que se le había despertado un latido en la palma de la mano derecha, donde tuviera al batracio. Se asustó, ahora sí, con la casi certeza de que la rana de fuego lo había contaminado.

No estuvo tan desacertado. Las palpitaciones se hicieron periódicas. Y cuando sucedían durante la noche se transformaban en latidos de luz perfectamente visibles. Finalmente empezó a sospechar que cuando ocurría el fenómeno era porque el batracio pensaba en él. Y que podría influir en ello el hecho de que en todos los casos Fito El Ranero, en ese mismo

instante, también pensaba en el batracio.

Eso sí, dejó de cazar ranas.

se terminó de imprimir en el taller
PARK Impresiones, Diagonal 74- 1412
La Plata, el 10 de febrero de 1982.